

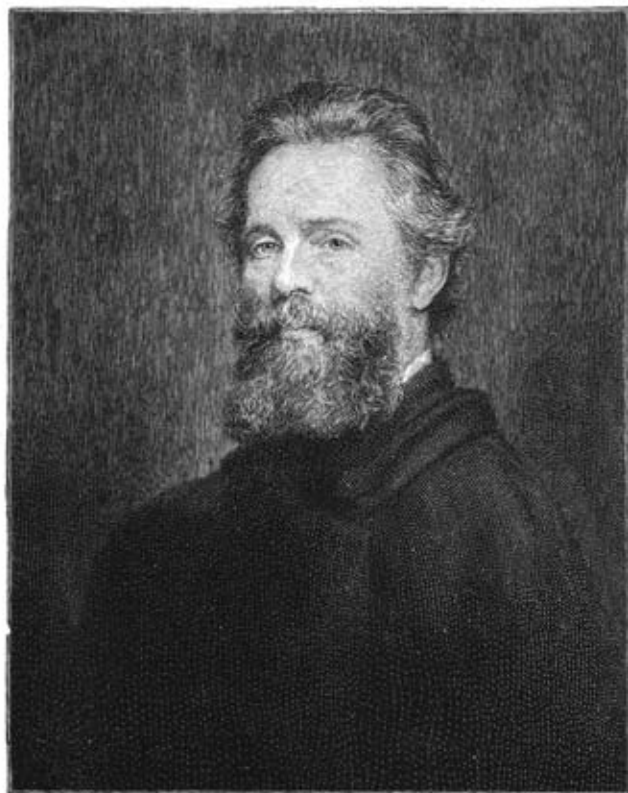
SILENCIO Y CRÍTICA

Santiago Julián Alonso

Suele decirse que ante las grandes obras de arte, sólo queda el silencio. No es ocioso recordar al respecto las últimas palabras de Hamlet antes de morir: “*The rest is silence*”. Teniendo en cuenta esto, resulta sintomático que algunos de los personajes centrales de muchas de las novelas más trascendentes de la literatura norteamericana terminan callando: *Bartleby*, *Benito Cereno*, Milly (cuya carta es quemada sin que podamos llegar a conocer su contenido) en *The wings of the dove* y Caddy en *The sound and the fury*, de William Faulkner. El mismo Herman Melville, cuya obra literaria fue en gran parte incomprendida durante su vida, sufrió un desesperante silencio editorial, hecho que tuvo como corolario la no publicación de su última obra, *Billy Budd*. Melville había logrado vivenciar las contradicciones que se venían desarrollando y que se verían aumentadas con el paso de los años, lo que hizo que el autor de *Moby Dick* no terminara sus días en el silencio, sino más bien al contrario, en un gran grito a favor del hombre y su hermosa condición tan bastardeada y corrupta. La hipótesis de este trabajo se centra en la idea de que tres de sus obras principales, *Bartleby the scrivener*, *Benito Cereno* y *Billy Budd*, encierran una fuerte crítica, con más o menos fuerza, agresividad y destreza narrativa, a unas sociedades y gobiernos que se hallan en decadencia de sus valores e instituciones. Y que si alguna vez lo tuvieron, han perdido el recto camino, del mismo modo que Dante en el Canto I de su *Commedia*.

La crítica se desarrolla en lo político, lo social y lo económico, pero logra un salto mucho más allá y se remonta a los grandes problemas éticos de la condición humana, aquellos que ya aparecen en la tragedia griega y que nos obligan a pensar en la *Antígona* de Sófocles, por ejemplo, donde del mismo modo que en *Billy Budd*, el hombre y la mujer deben enfrentarse al gran problema de la disyuntiva que se establece entre una ley del poder, escrita y tallada con la sangre de los inocentes, y otra no escrita, ágrafa, la ley del corazón, podría decirse, anterior, más primitiva, ligada en muchos casos a lo religioso y espiritual que anida en el hombre, y que para algunas almas nobles no puede, bajo ningún punto de vista, ser dejada de lado.

Comenzaremos el análisis con *Bartleby the scrivener* (*Bartleby el escribiente*), partiendo del hecho de que el narrador en primera persona es el anónimo patrón, ya que



Herman Melville

nunca nos dice su nombre. Esto lo que provoca es mostrar por dentro, en su mismo jefe, el efecto que logra un ser como Bartleby en una sociedad deshumanizada y mercantilista como era ya la norteamericana de mediados del siglo XIX. Porque no hay Bartleby sin su jefe, del mismo modo en que no hubiesen quizá existido los resultados de la protesta de Gandhi de no haber sido el Imperio británico el colonizador, sino el nazismo o el stalinismo, que hubiesen pasado a cuchillo a todo mundo. Pero aquí lo importante es el hecho de que Estados Unidos se proclamaba una República que defendía y alentaba (y aún proclama hacerlo, lo que le ha permitido invadir territorio extranjero) a la democracia, con todos los valores humanos que esto implica, los cuales ya en tiempos de Melville eran suavemente hechos a un lado por aquellos que poseían el poder en aquella nación. Por otro lado, el pensamiento norteamericano de aquel tiempo ya había contado entre sus filas a dos autores extraordinarios: Emerson y Thoreau, un ensayista este último de una lucidez

extraordinaria, cuya obra *Desobediencia civil* puede pensarse en algunos sentidos como un telón de fondo de *Bartleby*.

La crítica es desarrollada por la figura Bartleby de modo progresivo. Comienza dejando de hacer aquello por lo cual ha sido contratado, aquello por lo cual recibe su salario, su razón de ser en su puesto laboral. Y va abandonando gradualmente todo tipo de trabajo hasta la pasividad total, cosa que resulta absurda, más aún, incomprensible, para una sociedad donde el mito fundador es el de la acción del hombre que se hace a sí mismo, acción mediante la cual logra el éxito económico, poseer cosas y consumir todo lo posible. Pero Bartleby no desea objetos, él no es exigente, y su patrón no logra comprenderlo en su falsa piedad. Busca acomodarlo, clasificarlo, encasillarlo dentro de sus pueriles y torpes esquemas, sus estructuras mentales de hombre práctico y materialista. Pero su empleado va más allá de eso y no puede entenderlo, no posee la sutileza necesaria para inteligir aquello que sale de sus pobres y mezquinas ideas, cuyo objetivo principal es el dinero, el gran héroe de la sociedad norteamericana, que todo lo achata, lo banaliza, lo corrompe, lo aplasta, lo convierte en algo vil, sin arte, sin espíritu, sin vida. No hay medio que impida obtener dinero, todo es posible para ello, aunque esto se oponga, claro está, al sistema de gobierno democrático estadounidense. No importa esclavizar cuando el objetivo es obtener mano de obra gratuita, tampoco importa matar (pienso en la ocupación de una parte de México) cuando el fin es expandir el territorio de la democrática nación norteamericana. Bartleby se halla en un mundo opuesto a éste.

El dinero, un fin económico, se halla detrás de todo ello, pero también hay otro factor: el poder, sobre el cual tanto nos han enseñado Maquiavelo y Shakespeare, el poder imperialista, heredero de la madre Inglaterra, el poder que sólo quiere más poder y en su ceguera inmoral y tantálica anhela devorarlo todo, no importa si en ello va la vida de sus semejantes. Sabemos que el poder no halla barreras o fronteras morales, como los norteamericanos no tuvieron fronteras en su expansión hacia el Oeste, asesinando religiosamente a sus prójimos, los *salvajes* nativos. Estados Unidos es lo que fue, nació destruyendo al otro, ocupando el espacio de otro, matando al hombre por un fin materialista, por la moneda, el poder y la gloria. Pero es el gran logro de Melville crear estos dos personajes tan complementarios, tan unidos hasta el final, hasta la muerte, ¿de nuestro héroe?. Un personaje que es cargado por el patrón de un gran patetismo, él lo ve como alguien triste y solitario, que no tiene ambición, ni siquiera un pasatiempo, que puede vivir en la misma oficina donde trabaja, al que pareciera venirle bien cualquier lugar, hasta la cárcel. Todo esto le produce una especie de compasión, que le impide echarlo a la calle. Pero luego decide hacerlo y lo hace, y Bartleby es ¿cruelmente? y pasivamente encerrado. Allí deja de alimentarse, ¿una protesta? Sí, pero además es un

Melville contra la hipocresía y el abuso de poder

símbolo. En Melville nunca hay que hacer sólo una lectura literal, no, hay que recordar los cuatro sentidos que Dante propone para su obra en *El Convivio* (literal, alegórico, moral y anagógico y leerlo en otras claves, más profundas, más sutiles, más melvilleanas.

Bartleby es un símbolo, pero no en el sentido medieval más simple, al estilo de aquellas fábulas donde el león simbolizaba por ejemplo a la soberbia. Este símbolo se carga de muchos sentidos latentes, en ebullición, que se sienten palpar y desean explotar en el corazón tan golpeado y zaherido de Melville y que explotan en el grito final, tan cargado de sentido, enfático y rotundo, tan digno de la más alta compasión, el grito de un héroe trágico moderno, pero irónicamente pronunciado por su patrón y que incluye en él (lo cual no deja dudas de que Bartleby es un símbolo totalizador, que llega a lo metafísico) a toda la humanidad, a todo el sufrimiento de aquellos que como él, inocentes, de lo cual no hay duda con Bartleby, son aniquilados de múltiples formas, en múltiples sentidos, moral, física, psíquica y espiritualmente. Como aquel otro gran símbolo de la inocencia, Billy Budd, que muere en la horca gritando el nombre de su propio verdugo, aunque él nunca llegue a saberlo completamente: ¡hasta allí llegaba su inocencia!

Todos estos seres que cargan su cruz a su modo, a su medida, y son destruidos con diferentes motivos, alteran el orden establecido (como decía Thoreau, utópicamente, de lo que ocurriría si un sólo hombre se negara a la esclavitud en Massachussets¹), gritan con su silencio el triste destino de los diferentes, los que no encajan y protestan como pueden, calladamente, contra un poder monstruoso que crece y crece como un cáncer asesino en el cuerpo desvalido, agonizante de la humanidad. Bartleby es el símbolo de aquel que no desea entrar en esa sociedad regida por el dinero y el poder, y que deja atrás los otros valores, espirituales y humanos, pero también es el símbolo universal de una humanidad que sufre en silencio. Sí, Bartleby sea quizá nuestro héroe trágico, aunque se nos aparezca tan lejano, en lontananza, allá en su siglo XIX.

Tanto *Benito Cereno* como *Billy Budd* parecen desplegar una crítica más realista, más directa, más frontal, que ataca sin vacilaciones. La primera a la esclavitud en general, tomando como punto central a la norteamericana, y la segunda a la Armada Naval Inglesa, símbolo de su poder imperialista, en el momento en que la Armada estadounidense se constituía para dar comienzo al

¹ Henry David Thoreau, *Desobediencia civil*, Leviatán, Buenos Aires, 2006, p. 54.

crecimiento de su imperio, lo que ya estaban realizando al ocupar gran parte del territorio mexicano.

En *Benito Cereno* la crítica se halla de algún modo solapada al hacer recaer Melville el punto de vista del relato en el capitán Amasa Delano, quien necesita que se llegue a las últimas consecuencias, tan grande es su ceguera, para darse cuenta de la sublevación de los esclavos. Pero esto le permite al escritor de *Moby Dick* mostrar desde adentro, es decir, desde alguien que está a favor de la esclavitud y que pone en peligro a sus marinos para acallar y volver a su estado *normal* a estos *salvajes* rebeldes y además muy poco civilizados, lo cual crea un estado de ambigüedad en el texto. Por momentos no se sabe si está a favor o en contra de la esclavitud. Otro dato que importa resaltar de este texto es la imparcialidad, en un tema tan intenso y contemporáneo al momento de su escritura (lo cual le podría acarrear graves problemas a su autor), y si no fuese así quizá se volviese solamente un mero manifiesto o un panfleto contra la esclavitud, y no ya una obra literaria. Hablo de imparcialidad por el hecho de que los esclavos no son descritos de modo ideal, como los buenos, opuestos a los malos que vinieron a esclavizarlos. No, aquí Melville es aún crítico, si bien la causa es justa: luchar por la libertad de uno y de los suyos es un justo y hermoso motivo para tomar las armas; el modo sanguinario y hasta sádico, la terrible sed de venganza que se despierta en las víctimas cuando se convierten ellos mismos, por sus propias manos, en verdugos, es muchas veces superior a la de sus enemigos. Además, dentro del grupo de morenos hay rencores y envidias que se remontan a África y su mundo. Como la de Babo, que era también esclavo allá en su África natal, contra Atufal, que era un rey en su continente de origen y además lo denotaba en su contextura física y su figura. Aquí el autor desea ir más allá del problema histórico, social y económico (en este último se basaba la todavía existencia de la esclavitud), y nos quiere señalar algo que se esconde en el corazón amedrentado del mismo hombre: la maldad sin límites contra el prójimo, la venganza que no lleva a nada, sólo a la destrucción y la muerte, el salvajismo, el barbarismo y la necesidad de verter sangre humana, la falta de valores y virtudes morales. Melville eleva un hecho que era de su época a un plano ético, que trasciende su contemporaneidad y que incluye a toda la humanidad y a todas las épocas, y de este modo se vuelve universal.

Billy Budd como personaje posee varios puntos en común con *Bartleby*: la falta de maldad, en sus actos y en su conducta. Nunca lo guía el mal, ni tampoco tiene ambiciones descomunales. Sus acciones parecen desinteresadas. Hay, de algún modo, una eterna inocencia en ellos, y este rasgo es quizá uno de los grandes logros de Melville en cuanto a estos personajes (quienes se vuelven también isolatos), que a pesar de dicha inocencia que podría parecer muy sentimental o artificial o hasta cursi, aquí se

carga de una realidad y una verosimilitud tan innegable, que nunca dudamos de su inocencia. Ni siquiera cuando Billy Budd mata de una trompada a Claggart, ni siquiera en aquella escena que forma uno de los tantos climas violentos de la novela, nos vemos tentados a dudar de su bondad adánica, anterior a la caída. Además, Melville vuelve a esta idea a lo largo de todo el texto, muchas veces otorgándole seudónimos a Billy Budd, por ejemplo cuando lo llama: “*the cheerful sea-Hyperion*”², donde no podemos, claro está, dejar de pensar en la romántica novela de Friedrich Hölderlin del mismo título. En esta breve e intensa obra póstuma, Melville plantea su gran problema moral en la figura de Captain Vere, quien debe decidir entre dejar con vida a un inocente a quien él mismo ama como a un hijo o matarlo para salvaguardar la intocable reputación de la poderosa e imperialista Armada Inglesa. Ante dicha disyuntiva nosotros, como lectores, podemos preguntarnos: ¿cuándo está bien matar?, pero esto es demasiado pretencioso, aunque sería éticamente correcto obtener una respuesta plausible y perentoria. Yendo más hondo en el contexto y los avatares de la *nouvelle* nos toca preguntarnos: ¿está bien la pena de muerte? ¿es éticamente correcta? El capitán y la Armada responden con un rotundo sí, estentóreo y abrumador. Pero a cada uno le toca dar su propia respuesta y luego actuar de modo coherente a ella. Esto parece querer decir Melville al narrar la muerte de un inocente allí, es decir, si uno vive bajo un gobierno que aprueba la pena de muerte y además está en desacuerdo con ella, debería, por considerarlo moralmente erróneo, intentar por todos los medios cambiarlo, o bien optar por un ostracismo voluntario. Si dicho gobierno levanta para sí mismo la bandera de la democracia y la defensa de los derechos del hombre, la contradicción se acrecienta aún más. El autor realiza magistralmente y de modo indirecto una crítica contundente y duradera al fantoche de la democracia norteamericana, tan falsa y artificiosa.

El caudal crítico en cuanto a lo social, económico y político de estas obras toma un carácter ético, que implica al hombre entero, más allá de su nacionalidad, y alcanza el nivel de lo metafísico, como la idea del mal y la injusticia unida al poder, que si bien se manifiestan como seres abstractos poseen una fuerza casi omnipotente sobre los seres humanos. En cuanto al silencio, ese callarse del que se habló al comienzo, sólo deseo agregar que según mi punto de vista no es un callar pacífico, sin motivo y sin consecuencias, sino más bien es un silencio violento y poderoso, que lucha en esos textos para ponernos en aviso contra todos aquellos vicios e injusticias inhumanas que anidan en nuestro corazón de hombres. ■

Santiago Julián Alonso (Buenos Aires, 1979). Escritor y pintor argentino. Estudió la carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Colaboró en *La Gaceta* (Tucumán), *El Laberinto* (Buenos Aires), *Archipiélago* (México), *Cassandra* (Buenos Aires) y otras publicaciones. Fue incluido en el volumen colectivo *Estados Unidos: Estudios sobre Narrativa y Cultura*, coordinado por Rolando Costa Picazo (Fundación Williams, Buenos Aires, 2008), Ha sido invitado a varias exposiciones grupales de dibujo y pintura.

²Herman Melville, *Billy Budd*, Scholastic Book Services, New York, 1963, p. 71.